

mo pudo salir obra de tanta bondad sino de un volcan de amor que ardia en el pecho divino? Porque si por el efecto se conoce la causa, amor que así hizo resolverse Dios á obrar una firmeza tan nueva y extraña no pudo ser sino inmenso. Porque, pues, la obra fue infinita en bondad, no pudo dejar de proceder de infinidad de amor, ni este amor infinito pudo tenerle otro que un ser infinitamente bueno. Además de esto, fue grande prerrogativa y honra del género humano que se quisiese hacer Dios hombre antes que Ángel, pudiendo librar al hombre sin ser hombre; porque con solo hacerse Ángel pudiera redimir á los hombres y honrar á los Ángeles, y comunicara su infinita bondad á las criaturas, é hiciera una obra de infinita dignacion y bondad: con todo esto, fue tan fino con el hombre y tan amador nuestro, que no solo en redimirnos, sino en el modo de redimirnos, quiso hacer todo extremo; así no solo quiso redimir al hombre, sino que esto fuese por un hombre: por eso se quiso hacer el mismo Dios hombre y no Ángel, para que no solo quedase el hombre redimido, sino tambien honrado. Fuera de esto, nos obliga mucho que no solo quiso honrar á los hombres mas que á los Ángeles con hacerse hombre, pero quiso redimir á los hombres y no á los Ángeles. Esta es una gran fineza y demostracion con nuestra naturaleza, que haya sido en esto preferida á la angélica; y que no perdonando Dios á los Ángeles, con ser mejores y mas sublimes naturalezas, haya hecho tanto por perdonar á los hombres. Añádese á esto que cuando pecó el hombre y se perdió el género humano, no quedó ningun hombre justo que se compadeciese de él, y rogase por su remedio; pero cuando pecaron los Ángeles quedaron otros Ángeles que se lastimarian de los de su naturaleza, y sentirian su pérdida: con todo esto quiso hacer este favor á los hombres y no á los Ángeles. El tiempo tambien de la ejecucion de obra tan misericordiosa no muestra poco las finezas de Dios con nuestro linaje; porque fue cuando el mundo estaba mas olvidado de Dios, y trataban los hombres de hacerse adorar por dioses; y los que no podian esto adoraban por dioses á tales hombres que eran peores que demonios; y entonces trataba Dios de hacerse hombre por el hombre que se queria hacer dios. Este fue amor, que mientras mas ofendido fue mas bienhechor y fino.

Pero veamos qué bienes nos hizo con obra tan buena. Por cierto que aunque no nos hiciera bien alguno bastaba el librarnos de los males en que estábamos, pues nos libró por ella de la ignominia del pecado, del cautiverio del demonio y de la horribilidad del infierno: males son estos que sin otro bien se puede tener por sumo bien el estar libres de ellos. Pero aunque no hubiera males de que librarnos, ni bienes que darnos, sola la honra de tener á Dios de nuestra naturaleza era un bien incomparable; pero juntándose á esta honra los males tan tremendos y desesperados de que somos por ella libres, ¿qué dicha ha sido la nuestra vernos sacados de tanta infelicidad, y vernos honrados con tanta gran-

deza? Escribe Justino que viendo Alejandro Magno que estaba herido en la cabeza Lisímaco, y que le corria mucha sangre de la herida, se quitó él propio la diadema de la cabeza, y la puso en la de Lisímaco para restañar la sangre. Este fue un grande favor en querer curar un príncipe tan poderoso á un hombre particular, y en el modo de curarle, quitándose él de sus sienes la insignia de su majestad, y dándosela á su vasallo; pero esto fue de prestado, y fue no habiendo agraviado Lisímaco á Alejandro, y siendo el mismo Alejandro el que causó la herida; y así no hizo mucho en curarla. Pero que la herida mortal del pecado que se hizo el mismo Dios, honrando tanto al hombre, que la diadema de su cabeza, esto es, su misma divinidad, haya comunicado al hombre para nunca quitársela, ¿qué bondad es esta que tal favor quiso hacer á su enemigo, honrándole con tanta dicha, cuando le libró de tanta miseria?

Mas si sobre esto se añaden los bienes que nos ganó Jesucristo, dándonos su gracia, ensalzándonos á ser hijos de Dios, y haciéndonos herederos del cielo, ¿cuán inmensamente crecen nuestras obligaciones por tal beneficio? Pues sobre ser libres de tantos males somos enriquecidos con tantos bienes, y sobre ser redimidos de tantos daños y beneficiados con tantos provechos, somos honrados con tales finezas de Dios, que usó con nuestra naturaleza y no con la angélica. Todo es maravilloso, todo es grande, todo es sumo lo que hay en este sumo beneficio; porque la obra en sí es suma, el modo y amor con que se ejecutó es sumo, los males de que nos libró son eternos, y los bienes que nos granjeó son tambien los eternos, cuya grandeza, aunque no se pudiera conocer por otra cosa, se puede echar de ver bastantemente, pues para librarnos de tantos males y darnos tales bienes fue necesario que el Eterno se hiciese temporal, y que se ejecutase obra tan estupenda y rara, y de tan grande costa suya.

CAPÍTULO IV.

La vileza de los bienes temporales se echa de ver por la pasion y muerte de Jesucristo.

La grandeza de las cosas eternas, así de los males como de los bienes, nos lo muestra con claridad mayor que los rayos del sol la obra de la encarnacion, pues, como hemos dicho, fue necesaria para librarnos de los unos y conseguir los otros; porque no pueden dejar de ser cosas grandisimas, por las cuales hizo Dios cosa tan grande y mostró tanta estimacion, que no juzgó por mal empleo el de toda su omnipotencia para que consiguiésemos lo eterno. Pero nada nos persuade tanto la vileza de las cosas temporales, y desprecio que de ellas debemos hacer, como la pasion y muerte del Hijo de Dios, que fue otra obra de amor, otra fine-

za de Dios, otra ternura de nuestro Criador, y gran extremo de buena voluntad: por aquí veremos ya cuán dignos de menosprecio son los bienes de la tierra, pues para que los menospreciásemos se privó tanto de ellos el Señor del cielo, y se abrazó con los males de esta vida. Mira cuán digno es de desestimar todo lo temporal, pues así lo desestimó el Hijo de Dios, que llamó espinas al mas codiciado de sus bienes, y calificó, no solo por bienes, sino por bienaventuranza, á lo que el mundo aborrece, favoreciendo tanto á los pobres que carecen de los bienes de esta vida, que los llamó bienaventurados, y dijo que de ellos era el reino de los cielos; pero de los ricos, que son los que gozan de los bienes de la tierra, dijo que era tan dificultoso entrar en el cielo como entrar un camello por el ojo de una aguja. Y para persuadirnos mas este desprecio de la felicidad temporal, no solo con palabras, pero con obras, aprobó los trabajos de esta vida, y despreció todos sus bienes. Por esto quiso padecer en todo género de bienes cuanto se pudo padecer: porque padeció en la honra, teniéndole por infame; padeció en las riquezas, despojándole de sus propios vestidos, faltándole hasta un poco de agua; padeció en los gustos hecho un espectáculo de dolores, no teniendo parte de su cuerpo que no se doliese mucho. Por lo cual es bien que lo consideremos, para que le imitemos en este desprecio, el cual principalmente nos mostró en su pasión y muerte. Por esto quiere que esté siempre en la memoria, así por el ejemplo que en ella nos da, como por el provecho que nos causa, y amor que nos mostró en ella, pues llegó á dar la vida por nosotros, muriendo ajusticiado públicamente con un género de muerte tan lleno de muertes, y un tormento tan lleno de tormentos y penas. Estando cautivo por *Ciro* (1), *Tigranes*, príncipe de *Armenia*, juntamente con su mujer, comió el vencedor un día con los vencidos; y preguntando á *Tigranes* qué daría por la libertad de su mujer, respondió que diera no solo á todo el reino, sino la vida y sangre. Pagó la mujer esta buena voluntad á su marido; porque preguntándola despues de restituidos á su estado antiguo, qué le habia parecido de la majestad del rey *Ciro*, esta respondió: por cierto que no reparé en nada de esto, ni puse en otra cosa los ojos sino en aquel que me estimó tanto, que no dudó de dar la vida por mi rescate. Pues si esta princesa estuvo tan agradecida á sola la voluntad de su marido, sin ponerla en ejecucion, que no puso los ojos en otra cosa, ni admitió ni estimó la grandeza de los persas, ¿qué debe hacer la esposa de Cristo, no solo por la buena voluntad del Rey del cielo, sino por las obras tan finas, porque no solo quiso morir, sino murió por su rescate y redencion? ¿En qué otra cosa debe poner los ojos y la aficion sino en Jesucristo crucificado por su amor? Ni otra cosa del mundo debe admirar, ni estimar, ni querer. Alaba tambien *Sabino* la fe y amor de *Ulises* para con *Penélope*,

(1) Xenoph. in Cyr. lib. 3.

pe, su mujer, que prometiéndole *Circe* y *Calipso* la inmortalidad, si se olvidase de *Penélope* y se quedase con ellas, no quiso por no faltar á la buena correspondencia que debía á su esposa, la cual se lo pagó con gran amor. Mire el alma cuán grande amor debe á su esposo Jesucristo que, siendo inmortal, no solo se hizo mortal, sino que murió por ella con una muerte mortálisima, como hablan algunos Santos. Mire si es razon que se olvide de esta fineza, ni cese de acordarse de ella y agradecerla eternamente, no malogrando los frutos de la pasión de su Redentor y esposo Jesucristo. Piense en ella mucho, y medítela de día y noche, que serán innumerables las ganancias espirituales que de este ejercicio sacará. *Alberto Magno* dijo (1) que solo un santo pensamiento de la pasión de Jesucristo trae mas provecho al alma que si ayunara uno todo un año á pan y agua, y se disciplinara cada dia hasta derramar sangre, y rezara todos los dias el Salterio entero. Una vez que entre otras se apareció Cristo á santa *Gertrudis* para confirmarla en la devoción que tenia á su pasión, la dijo estas palabras: Mira, hija, si por haber estado unas pocas horas colgado en la cruz la ennoblecí de manera que es ahora honrada por todo el mundo, ¿á cuánta honra sublimaré aquella alma en cuya memoria y corazón estoy por muchos años? Por cierto que no se puede explicar cuántos favores del cielo alcanzan las almas por este medio para amar mucho á Dios, que con tantos dolores las ganó los bienes eternos, y las mostró á despreciar los temporales.

Pues para sabernos aprovechar de tan santa memoria se ha de considerar que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados, y queriendo satisfacer por ellos al Padre, quiso que fuese padeciendo: por lo cual convino ser con alguna proporción de la grandeza de sus penas con la grandeza de nuestras culpas; y como la malicia de nuestras culpas no tiene límite ni tasa, así tambien la penalidad de sus tormentos fue sin comparación, mostrándonos en la grandeza de las injurias que sufrió en su pasión la grandeza de las injurias que hemos hecho á Dios con nuestros gustos. Podemos tambien colegir las penalidades que recibió de los judíos y sayones por las que él tomó por sí mismo; porque tomó para sí no menor pena que la que quiso recibir de otros. Pues ¿quién podrá explicar la pena que se dió Cristo con el dolor que tuvo de nuestros pecados? Porque es tan extraña la malicia de un pecado grave, que si uno le conociera como es, se le rompiera el corazón de dolor, y no lo pudiera sufrir sin espirar; y así se han visto algunos que han muerto de repente por el pesar que tuvieron de sus culpas. *San Vicente Ferrer* escribe (2) que yendo una mujer pecadora muy ataviada á oír sermón, y oyendo predicar de la gravedad del pecado de la deshonestidad, tuvo tal sentimiento y lágrimas, que de puro dolor murió; y oyeron allí mismo

(1) P. Ludovic. à Ponte, p. 4 introduc. — (2) S. Vincen. ser. unico, Fer. 6, post Invocavit.

una voz del cielo que dijo estaba su alma en el paraíso. Estando el mismo san Vicente en Zamora llevaban á dos hombres á quemar por sus torpezas: el Santo se llegó á ellos á declararles la deformidad de sus pecados, de los cuales ellos tuvieron tan gran dolor, que espiraron en el camino (1). Otra vez confesando el mismo Santo á un incestuoso, le movió á tanta contrición, que murió de ella á sus piés, y su alma se fué derecha al cielo. Tan grande es la gravedad del pecado, que hará morir de dolor á quien la conociere. Pues si Cristo, que conocia tan claramente la gravedad de los pecados, tomó sobre sí no uno, sino todos los pecados del mundo, queriendo dolerse de cada uno como si él le hubiera hecho, ¿quién podrá declarar ni imaginar la grandeza de su pena y sentimiento, viendo á su padre injuriado de tantas maneras, cuya honra deseaba y procuraba con entrañables ansias? Gravisimos teólogos dicen (2) que este dolor de Cristo por los pecados de los hombres fue mas vehemente y mas intenso que todos los otros dolores de cualesquiera cosas y objetos que en hombres y Ángeles se hallan, ó segun la potencia ordinaria se pueden hallar, el cual tuvo toda la vida lastimado su corazón: por lo cual dice en un salmo (3) que estuvo desde su juventud en trabajos; donde otra letra lee: *agonizando y exhalando el alma*. Era costumbre entre los judíos, en oyendo alguna blasfemia ó injuria contra Dios, rasgar sus vestidos en señal de dolor. ¿Cuánto dolor sentiria el Hijo de Dios viendo todas las blasfemias del mundo é injurias que hicieron los hombres á su Padre? Por cierto, no su vestido, sino su mismo cuerpo, se le rompió de pena, y derramó su santísima sangre por mil aberturas, aun antes que viniese al poder de sus enemigos; porque él mismo quiso vengar en sí los agravios de su Padre, y atormentarse con el dolor de nuestros pecados primero que otro llegase á atormentarle, porque ardía en su pecho el celo de la gloria de Dios, y no quiso perdonarse á sí mismo por alcanzar perdon para nosotros. Y si el celo de Finees fue tan grande que viendo á dos pecar no se pudo contener sin atravesarlos luego con un puñal, y el de Elias llegó á quitar la vida de tantos profetas falsos, y el de Moisés á llegar á ensangrentar sus manos con la sangre de los de su pueblo, haciendo degollar á tantos mil hombres, ¿qué celo seria el de Cristo á la vista de todos los pecados del mundo? ¿Qué deseo de que Dios fuese vengado? Y ya que tomó esta venganza sobre sí, ¿qué dolor tomaria por tantas maldades como son todas las del mundo? No hay por cierto palabras que puedan explicar esto. Y no contentándose con la pena que él se daba, sino queriendo sujetarse á recibirla de otros, claro está que no seria para poca la pena, sino para la que fuese proporcionada á su ardiente celo; y así no son explicables los tormentos tan rigurosos y afrentosos á que se sujetó y sufrió. Si bien estos

(1) Fr. Francisco Diago en la historia de la provincia de Aragón. — (2) Suar. in 3 p. tom. 1, disp. 33 sect. — (3) Psalm. LXXVII.

no fueron tan grandes como el dolor interior que tomó por sí mismo; porque de los tormentos exteriores fueron causa la rabia y furor de los judíos, y de los interiores su caridad y celo, tanto cuanto fue mayor su amor que el aborrecimiento que le tuvieron sus enemigos, tanto fue mayor el dolor de su corazón que el de sus sentidos, y que todos los que padeció en su sacratísimo cuerpo. Pero es bien que nos acordemos tambien de la grandeza de estos, pues fueron particularmente para nuestro ejemplo, para que supiésemos despreciar los bienes de la tierra, pues le vemos cargado de tantos males, y evitásemos las culpas, pues él tomó todas nuestras penas con sumo agrado.

§ II.

Por esta causa, así como padeció Cristo redentor nuestro por el pecado de los hombres, el cual por todas sus circunstancias es malo y culpable como ya hemos ponderado; así tambien su Pasion fue en todas sus circunstancias penal y lastimosa: y discurriendo por las siete circunstancias que señala Tulio, mira quién es el que padece, sino el que menos lo merecia, el que es la misma inocencia y persona tan santa como el mismo Espíritu Santo; el mismo agraviado que padece, para que no padezca quien le agravió; el que es Señor de todos, á quien reconocen y adoran los Serafines; el que ha hecho innumerables bienes á sus mismos enemigos, y nuestro Padre, que nos crió é hizo de nada: un hombre delicadísimo por la viveza de sus sentidos, y la perfeccion de su temperamento. Todo esto aumenta mucho el dolor, así por merecer menos padecerlo persona tan digna, como por sentirlo mas quien era de tan perfecto y templado natural. Esta circunstancia de la persona que padece nos encargó el Apóstol que la ponderásemos bien, cuando dijo (1): *Pensad en aquel que sufrió tal contradicción de los pecadores contra sí mismo*, porque es el que está sentado á la diestra del Padre, el que estuvo en medio de dos ladrones. Pensad quién es aquel que no tiene lugar en la tierra, pendiente de un madero, porque es juez de vivos y muertos. Pensad quién es aquel que murió en la cruz, porque es la misma vida eterna. Pensad quién es aquel que sufre que le prendan, azoquen, crucifiquen, porque es el que se hizo temblar é hizo salir fuego abrasador en su santuario para que consumiese á los que trasasaban su palabra y ley.

Pero ¿qué es lo que padeció? Cuanto no ha padecido hombre, injurias, afrentas, tormentos inhumanos y cruelísimos; padeció conforme á su caridad infinita, y á la ardiente sed que tuvo de padecer por los hombres. Fueron tan excesivas sus penas, que á su presencia se partieron

(1) Hebr. XII. *Recogitate eum qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem.*

por medio las piedras, y las mas fuertes breñas se hundieron, estremecieron los elementos, el cielo se vistió de luto, el sol y la luna se oscurecieron, lloraron los Ángeles de paz; porque fueron tan grandes, que solo imaginarlas Cristo le hicieron sudar gotas de sangre, tantas, que dicen, se sabe por revelacion, fueron noventa y siete mil trescientas y cinco; y despues, cuando las padeció, lloró de los ojos, como escribe Pedro Galatino (1), setenta y dos mil y doscientas lágrimas, si bien estas fueron por nuestros pecados, y pidiendo al Padre eterno nuestra salvacion. Los azotes, fuera de ser cruelísimos, pasaron de cinco mil. Dicen fue revelado á san Bernardo que llegaron á seis mil seiscientos setenta y seis. Lanspergio escribe (2) que un siervo de Dios entendió del cielo que si uno por espacio de veinte años rezara cada dia cien veces el Padre nuestro en reverencia de los azotes que dieron al Señor, vendria á caber á cada gota de sangre una oracion, y la suma de las gotas conforme á esta cuenta llega á setecientas treinta mil y quinientas. La corona de espinas fue otro tormento muy inhumano, del cual dice san Anselmo (3) que con mil punzadas lastimó la cabeza del Salvador; y ¿quién podrá explicar el tormento inmenso de estar colgado de la cruz, clavados los piés y manos? Tan extraños tormentos, no solo el padecerlos, sino el imaginarlos, hizo á santa Liduvina lamentar con un llanto copiosísimo, vertiendo lágrimas de sangre. De un devoto varon escribe el Cantimpratense (4) que murió de pena de solo considerar la grandeza de los tormentos del Hijo de Dios; y no hay duda sino que muriera de sentimiento la Virgen María, si no fuera por la eminencia de su constancia, y ser fortalecida con la gracia divina, como dijo Alberto Magno (5); pero lloró tambien lágrimas de sangre al pié de la cruz. Pues los dolores de Cristo mayores fueron que los dolores de su Madre; porque la pasion de nosotros fue mayor que la que la Virgen tuvo de él: y si del dolor de la Virgen dijo san Anselmo (6) que fue tan terrible, que en su comparacion se puede decir muy poco ó nada quanto han padecido de crueldad todos los cuerpos; y san Bernardo sintió (7) que era mil veces doblado que los dolores del parto; y excediendo á todo esto san Bernardo, dice que si se dividiera el dolor de la Virgen entre todas las criaturas que pueden padecer, todas murieran súbitamente por la grandeza de la pena que les cabria, ¿qué se puede decir del que sintió y padeció Cristo, pues no hubo dolor como el suyo, ni pena que le llegase? Pues en materia de honra y

(1) Petrus Galatinus, in Via Crucis, et in lib. inscripto; Faustus Annuus Joan. Aquilanus, serm. de Passione. — (2) Lansp. hom. 50 de Passione. — (3) Ansel. de Spe. Evang. serm. 1, cap. 22. Vide Joan. Buag. p. 2, cap. 7 et p. 3, cap. 3.

(4) Cantimp. lib. 2, c. 15. — (5) Albert. Magn. super Missus. — (6) Ansel. de exc. Virgin. — (7) Bern. de Lament. Virgin. serm. 61, art. 3, cap. Tantus est dolor Virginis, ut si in omnes creaturas, quæ pati possunt divideretur, omnes subito interirent.

hacienda padeció quanto se puede padecer, y en tormentos cuantos solo él pudo, y de todas las maneras que pudo darle que padecer la envidia y furia de sus contrarios ayudados de los demonios, padeciendo no solo con la pasion de sus penas, sino mucho mas con la compasion de nuestras culpas.

Aumentaba toda esta pena el lugar donde padeció, que fue en la corte de Judea, donde habia sido tan estimado, y poco antes recibido en solemne triunfo como hombre venido del cielo, y pasar en tan breve tiempo de un extremo de honra á otro de deshonra y afrenta, acrecentó grandemente la pena, porque llegó á ser el hombre mas infamado que hubo en el mundo; porque fue ajusticiado públicamente y en el lugar de los malhechores, traidores y salteadores de camino, y en medio de dos ladrones, y fuera de esto, en presencia de su misma Madre, que dobló el dolor de su corazon. Las personas tambien por medio de las cuales padeció fueron aquellas á las cuales habia hecho infinitos bienes y eran de su mismo pueblo; y hallando alguna compasion en los extranjerios, no la halló en sus naturales, lo cual es de mucho sentimiento. La rabia y furor con que le deseaban y procuraban la muerte sus enemigos fue tal, que la sagrada Escritura los compara á perros, toros furiosos, al leon y al unicornio, que es animal muy bravo. Creció tambien la pena por ver en tantos malogrado el fin de tan excesivos tormentos y dolores, sabiendo que los mas no se habian de aprovechar de ellos; porque así como el provecho que tienen los trabajos por fin consuela grandemente, así tambien es de grande desconsuelo ver que no han de tener el provecho que se desea: por lo cual como padeció Cristo para que todos se aprochasen de sus merecimientos, sangre y pasion, y vió que ni la centésima parte de los hombres se habian de aprovechar de ella, y que innumerables le habian de ser desagradecidos, fue este un grande dolor que atravesó su tiernísimo y amorosísimo corazon. El modo tambien con que padeció fue muy penoso, porque fue con tan grande desamparo, que no tuvo cosa que le consolase; porque lo primero, sus naturales le procuraron la muerte con suma injusticia, y los gentiles se la dieron con suma crueldad: los sacerdotes y letrados eran como la levadura, con que toda la masa del pueblo quedó no poco avinagrada contra el Salvador: los principes soplaban el fuego, y en los populares se encendió tal llama, que no se pudo apagar con tantas afrentas y tantos dolores; y no se contentaron viéndole colgado en una cruz, sino que como perros rabiosos despedazaban las carnes del que así veian morir con injurias y denuestos. Además de esto, teniendo tan declaradas contra sí las voluntades de todos los judíos y gentiles, mayores y menores, en los suyos que habian seguido su escuela halló poca firmeza y lealtad; porque de sus doce Apóstoles escogidos uno le vendió y se hizo capitán de los que le iban á prender: otro, á quien él habia dado el primado entre todos, le negó tres veces á sus ojos, echándose muchas

maldiciones sobre que no le conocia; y los demás le desampararon dejándole en poder de sus enemigos. ¡Oh ejemplo nunca visto de la inconstancia de las cosas humanas y de la constancia que debe tener el verdadero cristiano en ellas! ¡Qué sintió aquel bendito corazón del Señor cuando se vió tan falto de amigos y tan cercado de enemigos, pues de él estaba escrito (1): *Fue hecho mi corazón como la cera que se deshace en medio de mis entrañas!* Sola su Madre nunca le desamparó en su afrenta, cuando no le pudo ayudar ni defender, antes le acrecentaría intensamente el dolor en su presencia: y el eterno Padre, que bien podía, no quiso por entonces volver por él, dejándole padecer con todo rigor á gusto de sus enemigos, lo cual sintió el bendito Señor muy tiernamente; porque sus enemigos le daban con ello en rostro, diciendo: Si espera en Dios, librelle Dios, sálvele Dios, pues que no quiere á otro sino á él solo. Y no queriendo Dios por entonces librarle ni dar muestra de que volvía por él, se quejó amorosamente el Salvador, diciendo: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Aun un jarro de agua le faltó estándose abrasando de sed. También la manera de suplicio fue la mas afrentosa y penosa de todas, porque fue el tormento de cruz penosísimo sobremanera, muriendo con grande escarnio y risa de sus enemigos. El tiempo de la misma manera fue otra causa de hacer mas penosa la pasión y muerte de nuestro Salvador, pues fue víspera de Pascua, cuando fue mayor el concurso de gente y mas grande la publicidad. Fue cuando estaba mas conocido de todos y en la flor de su edad; y fue de gran compasión que un cuerpo tan florido, hermoso y dispuesto le parase la grandeza de los tormentos, como la Escritura dice, que tenia pegada la lengua á la garganta y con tan poca carne, que le podían contar los huesos, y todo él deshecho como una cera derretida y agua derramada, y resuelto en polvo de la muerte, seco como un pedazo de teja, y tal, que no parecia hombre, sino vil gusano, oprobio de los hombres y abatimiento del pueblo. Es también de grande admiración que en el poco espacio de tiempo que duró el proceso de la pasión de Cristo padeció tantos trabajos en todo género y con tantas circunstancias para agravarlos, que no parece posible suceder á ningun hombre por todo el discurso de los tiempos ninguna manera de trabajos ó adversidades que no las haya padecido primero con grandes ventajas nuestro Redentor.

En todas las circunstancias fueron penosísimas las penas de Cristo, porque en todas sus circunstancias son culpables las culpas de los cristianos. Convino que quien nos vino á dar todo bien padeciese tanto mal, y quien no pudo tener culpa propia se abrazase con la pena ajena, y el que es infinitamente bueno sufriese tantos males de tormento y dolor; para que entendiésemos que no son males los que teme el mundo,

(1) Psalm. xxxi.

sino los que trae el pecado: que están sus bienes tan lejos de ser dignos de aprecio, que antes son de estima los males, pues de los bienes temporales se privó nuestro Redentor, y se cargó de los males, para que, imitando nuestra vida á su preciosísima muerte, despreciásemos todo bien, que es tan corto y falso, que aun los males son mejores y mas verdaderos bienes. Tengamos vergüenza, viendo á Cristo en tantos dolores, que busquemos nosotros gustos: tengamos mejores respetos con nuestro Redentor que Etai Geteo tuvo con David; porque huyendo el santo Rey de su hijo Absalon, y persuadiendo á Etai que no le acompañase en aquel peligro, él le respondió: *Vive el Señor, y vive el Rey mi señor, que en cualquier lugar que estuvieres, ó en muerte, ó en vida, allí ha de estar tu siervo.* Si esto dijo un extranjero, ¿qué debía hacer un súbdito natural? Tengamos igual lealtad con Cristo, que tuvo con Joab Urias, el cual dijo (1): *El arca de Dios, y Judá é Israel habitan en pabellones, y mi señor Joab, y los criados de mi señor se quedan sobre la tierra; ¿y yo entraré en mi casa, y comeré, beberé, y dormiré con mi mujer? Por tu salud, y por la salud de tu alma, no haré tal cosa.* Pues si Cristo está en la cruz y en trabajos, ¿cómo buscas tú el descanso? Si Cristo pobre, ¿cómo estás tan sobrado? Si Cristo paciente, ¿cómo tú te regalas? Si Cristo humilde, ¿cómo tú con tanto fausto? Si Cristo atribulado, ¿cómo tú en deleites? Acuérdate de lo que te enseñó en la cruz, y estima lo que él tanto estimó, como privarse de todo bien de esta vida que pasa con el tiempo. Mira también el sentimiento y penitencia que hizo por tus pecados el inocentísimo Jesús, para que tú hagas alguna por los tuyos. Habiendo salido los judíos del cautiverio de Babilonia, supo el santo Esdras grandes pecados que habían cometido por la comunicacion con los gentiles. Con el sentimiento que de esto tuvo rasgóse las vestiduras, arrancábase la barba y mesábase los cabellos, perseverando con gran aflicción y tristeza, sin comer ni beber, rogando al Señor, y llorando por los pecados del pueblo. Movié tanto este sentimiento y penitencia por pecados ajenos, que todos los demás comenzaron á llorar y hacer amarga penitencia por sus pecados propios, con tan grande sentimiento de dolor, que estaban temblando, y confesaban públicamente sus maldades. Pues los cristianos ¿cómo no se mueven á penitencia y dolor, con ver no un Esdras, sino un Hijo de Dios, lleno de tanta pena por los pecados del mundo, que le hace derramar sangre por los poros de su santísimo cuerpo, rasgando, no sus vestiduras de lana, sino su santísima humanidad que de grande voluntad ofreció á que se la despedazasen con azotes, espinas, clavos, y por el mismo sentimiento se dejó mesar los cabellos y pelos de la barba, y escupir su rostro, sin comer, ni beber, ni gustar sino hiel y vinagre, llorando desde la cruz lo que nosotros cometimos? Lloremos, aflijámonos, y hagamos penitencia por nuestras pro-

(1) II Reg. ii.

pias culpas, pues vemos que el inocente la hizo tan grande por las ajenas, para que imitándole en sus penas temporales gocemos de la gloria eterna.

§ III.

Todas las siete circunstancias dichas son de parte de la gravedad de los tormentos y penas de nuestro Redentor Jesucristo, que nos han de lastimar mucho el corazón, viendo que de todas maneras fue penosa su pasión. Y aunque esto nos ha de mover al desprecio de las cosas de la tierra, y al amor de solo aquel que tan infinitamente nos amó, con todo eso hay otras circunstancias que con nuevas obligaciones nos han de no solo mover sino forzar á amarle, si no somos tan duros como las piedras; porque ¿á quién no obligará el modo con que padeció el Hijo de Dios, con tanto amor y paciencia, sin quejarse de alguno, y amándonos tanto, que le parecia todo poco, y estando dispuesto para padecer otro tanto, y mucho mas si fuera necesario para nuestro bien? Caridad tenia para estar padeciendo todos los tormentos hasta el día del juicio, si de otra manera no nos pudiese redimir. Esta buena voluntad de Jesucristo ¿qué agradecimiento no merece? Y si de los beneficios lo mas que hay que estimar es la buena voluntad con que se hacen, donde fue el beneficio infinito y la voluntad fue de infinito amor, ¿qué podemos hacer? Si habiendo matado alevosamente aquel traidor á Enrique IV, rey de Francia, y estando sentenciado á cruellísimos tormentos, en los cuales murió como merecía, llegase antes de ejecutarse la sentencia el hijo primogénito del rey muerto, y príncipe heredero de su reino, y se vistiese del hábito del homicida, y ofreciese á que le atenaceasen por él, porque queria morir él antes que muriese aquel hombre; y disuadiéndole al príncipe de este propósito, dijese que amaba tanto á aquel condenado á muerte, que no solamente una muerte, sino mil muertes padeciera por su causa, é hiciese tanto que le librase del suplicio, ¿qué amor debiera aquel hombre á quien tanto le amó sin merecerlo él, que le libró de la muerte, que tan merecida tenia, y con tan buena voluntad y fino amor? Por cierto que aunque aquel príncipe no muriese por su causa, por solo que quiso morir le debia todo amor. ¡Oh Rey de la gloria y unigénito del Padre eterno! Con nuestro pecado quisimos, cuanto es de nuestra parte, matar y destruir á vuestro Padre y su ser divino; y siendo por esto dignísimos de muerte, Vos no solo quisisteis morir por nosotros, sino que con efecto disteis vuestra sangre y vida con tan inhumanos tormentos, y estuvisteis aparejado para padecerlos mas y mayores por nuestro bien. ¿Con qué amor os podremos pagar tal amor? ¿Qué agradecimiento y qué memoria debemos tener de tan inmenso beneficio? Consideremos también que nosotros somos por quienes padeció tanto un Señor tan grande: padeció no por sí mismo, porque le impor-

tase algo; padeció no por otro Dios, no por alguna nueva criatura sobrenatural y superior á todas las de ahora, no por algun Serafín que le hubiese servido fidelísimamente una eternidad de años, sino por una criatura miserable, vil, y la mas baja de las capaces de razón, compuesta de lodo, que era su enemiga. Esto nos ha de hacer que seamos mas agradecidos, pues hizo mas Dios en padecer por quien menos lo merecía.

Allégase á todo esto que padeció tanto por nosotros, no siendo necesario que padeciese, por redimirnos y librarnos de la esclavitud del pecado; pero para mostrarnos su amor, y obligarnos á que le imitémos, y despreciásemos los bienes de esta vida y toda felicidad temporal, tomó sobre sí tantos trabajos, tormentos y dolores. Mirémonos en este espejo, y reformemos nuestra vida; compadezcámonos de aquel que tanto padeció por nosotros; seamos muy agradecidos á quien nos hizo tanto bien tan á costa suya. Péenos en el alma de haber ofendido á un Dios tan bueno, que porque no fuésemos malos padeció él tantos males. Admirémos la grandeza de la bondad divina, que por una vil criatura se quiso abalir, el que es honra de los Ángeles, al improperio de la cruz. Amemos á quien tan de veras nos amó: confiemos mucho de quien, sin pedirselo, hizo mas por nosotros que nos atreviéramos nosotros á pedir ó desear. Imitemos á este ejemplar que nos mostró el Padre eterno en el monte Calvario, para que compusiésemos nuestra vida conforme á su muerte en humildad y desprecio de todo bien temporal, para que consiguiésemos los eternos, para que humillándonos ahora nos ensalce despues, padeciendo aquí, nos consuele á su tiempo, gustando en esta vida lo amargo, tengamos en la otra dulzura, y llorando en tiempo, nos gocemos eternamente; y así dijo el Señor al grande imitador de su pasión, san Francisco: *Toma, Francisco, las cosas amargas en lugar de las dulces, si quieres ser bienaventurado.* Conforme á lo cual nos amonesta san Agustín (1): *Sabed, hermanos, que despues de los gozos de este mundo se han de seguir eternos lamentos, porque nadie se puede holgar en esta vida y en la otra; así es necesario que pierda la una quien quisiere poseer la otra. Si deseas holgarte aquí, sábete que serás desterrado de la patria celestial; pero si aquí llorares, ya serás contado por ciudadano del cielo;* y así dijo el Señor: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Por ésto Cristo nuestro Redentor no se sabe que se riese alguna vez, sino que lloró muchas; por eso escogió vida de trabajos y penas, para enseñarnos que este es el camino del gozo y del descanso.

(1) August. serm. 11 ad fratres.